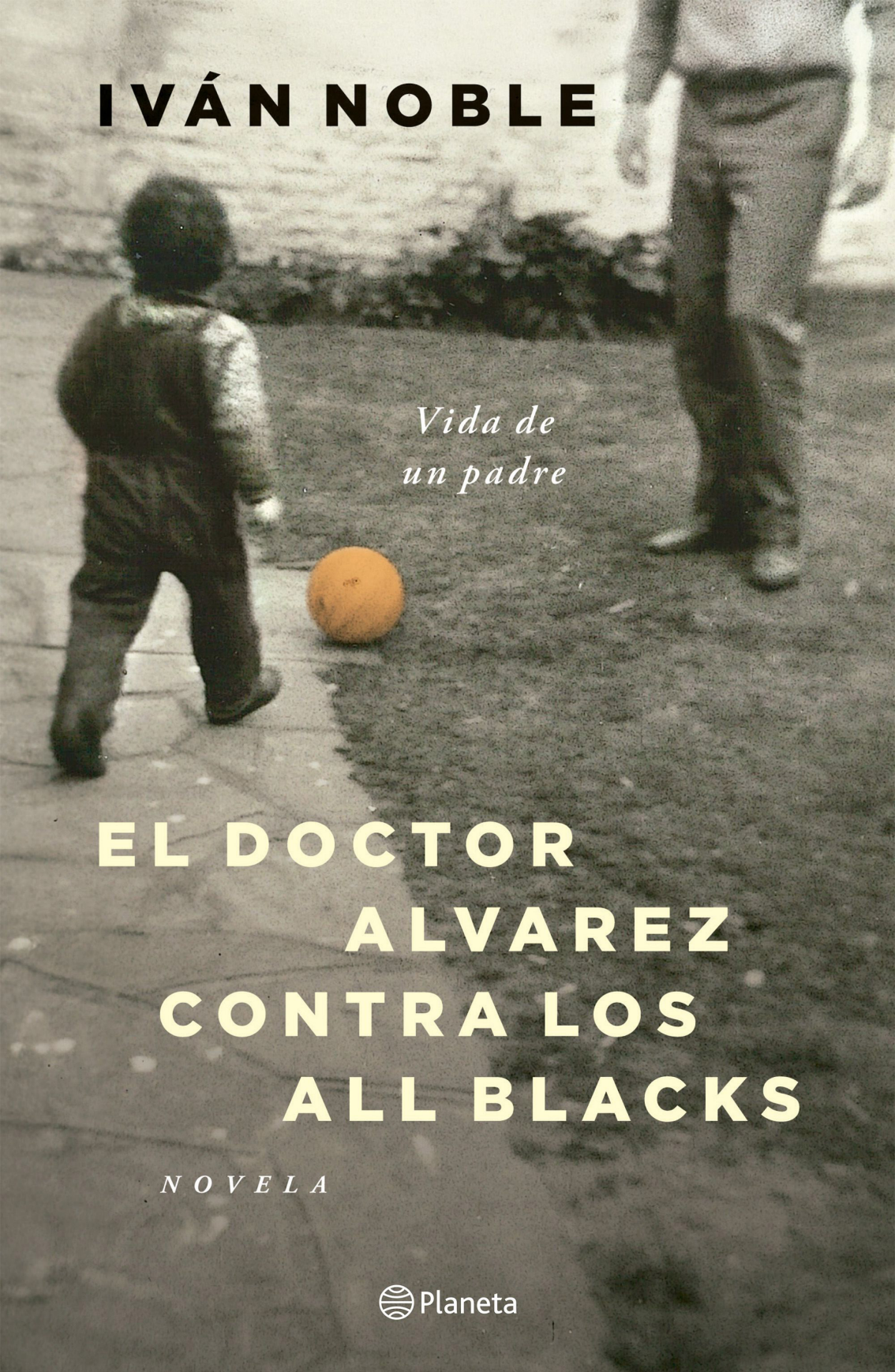




IVÁN NOBLE

*Vida de
un padre*

**EL DOCTOR
ALVAREZ
CONTRA LOS
ALL BLACKS**

NOVELA

IVÁN NOBLE
EL DOCTOR
ALVAREZ
CONTRA LOS
ALL BLACKS

Vida de un padre

N O V E L A

1.

Eran las diez de la mañana del domingo 4 de marzo de 2018 y yo estaba en el baño leyendo noticias en el celular. Apenas despierto, cobrando sin apuro forma humana, un tweet que hablaba de “tragedia en el fútbol italiano” me llamó la atención. No me sonaba el nombre de Davide Astori, defensor de la Fiorentina, pero seguí leyendo. La cuestión es que habían encontrado al fulano muerto en la habitación del hotel donde estaba concentrado con su equipo. El hotel era en Udine, capital del Friuli, la tierra de mis nonos y mi vieja. Como cada vez que escuchaba hablar o leía sobre el lugar, algo parecido a la familiaridad resonó en algún suburbio de mi sangre.

Lo que también suele hacerme ruido, más bien diría estrépito, es enterarme de que la gente se muere. Entiendo perfectamente que es una vieja costumbre que tienen las especies, pero cuando los que se mueren no son ancianos irremediables, gente que uno sospecha jaqueada de enfermedades, repleta de penurias y prótesis, entonces una cosquilla oscura me trepa por el estómago. No me importa que sean absolutos desconocidos, lo mismo da que sean futbolistas o astronautas; lo único que me interesa es la

edad. Astori tenía 31 años. Y el motivo de su muerte eran “causas naturales”. O sea que un atleta de 31 años al que médicos de toda clase le chequean hasta las uñas de los dedos meñiques cada dos semanas, cena unos spaguettis rodeado de otros atletas, sube a la habitación de un hotel 5 estrellas, tal vez mira un rato de tele, se aburre, quizás hace una videollamada con su mujer o algún hijito antes de dormirse, se lava los dientes por última vez en la vida, apaga la luz, se tapa hasta el cuello pensando en el 9 que le toca marcar mañana... Pero resulta que no hay mañana. Bingo, pero al revés. Anda a cagar, Dios.

Cosas por el estilo pensaba sentado en el inodoro cuando empecé a sentir un hormigueo en una pierna y me pregunté si serían los 15 minutos que llevaba en esa posición o un principio de trombosis o alguna desgracia vecina. Supuse que cumplir 50 años al otro día sumaba a mi más o menos habitual hipocondrismo un *bonus track*, que a partir del medio siglo los miedos atávicos, las neurosis acurrucadas como lauchitas en la oscuridad de un galpón tomarían carrera, cambiarían de voz y cada vez más seguido, en cada borrachera o desánimo o dolorcito en el esternón, vendrían a charlarme al oído sobre la muerte. Y entonces sonó el celular que estaba leyendo y el número era el de la casa de mis viejos. Es mi vieja para preguntarme si trae ensalada o pan, pensé. Porque el lunes cumplía 50, pero el asado lo hacíamos hoy, domingo de sol. Cuando atendí la voz no era la de mi vieja, aunque venía de ella. Habló sin preámbulos, como cuando uno agarra un diálogo por la mitad en una película que empezó hace rato.

—No vamos a ir, Iván, no vamos a ir, hablamos más tarde, no podemos ir ahora...

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Que no vamos a ir, que...

Otra voz apareció en el teléfono. La de una amiga suya que me pedía que me quedara tranquilo, pero que fuera para el Hospital Italiano.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasó?

Y ahí fue que escuché la voz de mi viejo. De fondo, sonando a dolor, un lamento sostenido y creciente pero sin gritos, casi un mantra malherido. Había también otras voces que le decían: “quédese tranquilo, quédese tranquilo”. Llegaron a explicarme que mi vieja lo había encontrado en el baño, sangrando y desvanecido.

—No sabemos más que eso, Iván. Vos andá para el Italiano...

Cortaron y me quedé tieso unos segundos, los calzones todavía bajos, con esa tan conversada sensación de irrealidad que empapa la vida en los momentos dramáticos; ese balde que suele decirse es de agua fría, aunque yo creo que en esos instantes todos somos Carrie, la chica de la vieja película de John Carpenter en la que el balde está repleto de sangre.

Creo recordar que me lavé la cara en medio de una taquicardia, que las manos me temblaban mucho y que cuando salí del baño, pasmado como un boxeador grogui que no sabe volver a su esquina, sencillamente pensé que jamás volvería a ver vivo a mi viejo.

2.

Cuando buceo en mi memoria por los primeros recuerdos de mi viejo, aparezco metido en su cama. Mi vieja duerme y yo no sé si llegué ahí hace un ratito traído por él o si me colé como un polizonte en mitad de la noche. Mi viejo tararea descuidado una canción de la que solo retengo una línea: “vieras qué noche de luna oscura”. Sospecho que afuera hace frío, pero él, como todas las madrugadas de su vida, ya terminó su sesión de gimnasia en el jardincito de adelante. Entra despacio y descuelga del placard su guardapolvo de médico, ahogando el silbido para no despertar a mi vieja.

Casi todo lo que ha hecho en su vida fue para no disgustar a su esposa. Creo que su devoción matrimonial —por supuesto— estaba edificada de un amor inmenso, pero también creo que era su plan maestro para transcurrir su existencia sin demasiados avatares ni sobresaltos. El mundo en general y el prójimo en particular parecían siempre importarle dos mangos. No es que fuera una persona horrible o maltratadora, muy por el contrario: la gente solía adorarlo y venerar su serenidad en pantuflas, su generosidad austera. Pero él prefería prescindir casi absolutamente de todo y de todos, como esos yoguis que se doblan sobre sí mismos y

se meten adentro de cajas de vidrio llenas de agua a pasar horas eternas.

Creo que su vida era un origami casi perfecto donde cada día plegaba en silencio las tres o cuatro cosas que le daban bienestar y con eso bastaba, siempre y cuando su mujer estuviera al alcance de su vista. Mi viejo no era vigilante ni posesivo, jamás escuché ni supe de ninguna escena de celos trasnochada entre ellos. Lo que simplemente pasaba era que sin su mujer mi viejo era un huérfano, un cachorro tiritando dentro de una canastita en la puerta de una iglesia.

Los años fueron cada vez más virando al rojo su condición de eremita y sin mi vieja, solíamos bromear, no tendría ninguna chance de supervivencia: moriría de inanición y encontraríamos sus restos después de unos días, cuando algún vecino se quejara de un olor espantoso. “Ojalá que sea dentro de mucho, pá, pero te pido por favor que te vayas antes que mamá”, le suplicaba yo teatralmente en los asados que me gustaba hacerle en casa. Él se reía mucho, como firmando al pie y sin dudar un instante en aceptar la propuesta.

Mientras manejaba a 140 por una General Paz dominiguera rumbo al Italiano, con la boca llena de cal y un presentimiento oscurísimo picándome la cabeza, por primera vez en mi vida hablé en voz alta en ausencia de mi viejo. Le pedí que aguantara, por favor, que aguantara y que no se tomara el chiste de su muerte en serio.

3.

Ver a un padre inconsciente en una camilla es sentir que la vida tiene algo horrible para decirte, una trompada en el estómago de tu infancia que te deja ciego. Yo jamás había visto a mi viejo desmoronado, ni siquiera podía recordarlo enfermo. Él nunca había sido el clásico tótem intimidante del que habla el psicoanálisis, no era un tipo majestuoso ni avasallante; lejos estuvo de pertenecer a la clase de padres que hablan fuerte, mastican con la boca abierta y juegan con sus hijitos lanzándolos en broma por sobre sus cabezas para agarrarlos después al vuelo.

Pero en su carácter taciturno siempre hubo firmeza, era una persona erguida ante las desventuras desde que en su temprana adolescencia tuvo que salir a bancar la parada y su casa después de la muerte de su padre. Mi viejo era fuerte sin estridencias, andaba por la vida con un vigor sigiloso y jamás necesitó imposter musculatura, ni física ni moral.

A las 7 de todas las mañanas agarraba su portafolios y se iba a curar lepras, dermatitis y erupciones en la piel a hospitales municipales y salitas de barrio descascaradas. Volvía agotado muchas veces, pero en el cansancio de su rostro no parecía haber ni agobio ni resentimiento; nunca alzó la

voz para despotricar contra sus jornadas ni se comportaba como varón merecedor de atenciones domésticas serviles a cuenta de su sacrificio laboral diario. Llegaba y simplemente se calzaba sus eternas pantuflas, su pijama lastimoso que pedía a gritos pasar a retiro y así, de entrecasa, disfrutaba de sus ritos módicos y sus rinconcitos. Mi viejo se daba por bien pagado con cien gramos de jamón, un cacho de queso, un vino cualquier y cuatro metros cuadrados para hacer gimnasia sin seres humanos a la vista. Ese era el Himalaya de su bienestar.

Así que cuando entré y lo vi, tirado en una camilla dentro del cubículo de un hospital, frunciendo la frente en espasmos de lo que parecía ser un dolor profundo, sedado y con una convulsión anestesiada pero tenaz en su mano derecha agarrotada, por primera vez se me reveló como una criatura frágil y entendí de una manera brutal y atontada que había empezado sin aviso una guerra tremenda.

Mi viejo estaba vivo, pero malherido. Mi vieja con la cara llena de miedo, pero estoica, esperaba sentada en el pasillo instrucciones de los médicos. Yo quería saber el nombre del enemigo. Afuera era domingo y el mundo seguía andando.

4.

Cuando yo era chico mi viejo tenía su consultorio en casa. Entiendo que eran sus primeros años de profesión y todavía no le daba el cuero para alquilar uno propio, así que algunas tardes el living familiar se convertía por varias horas en sala de espera y mi hermana y yo teníamos más o menos prohibido dar vueltas por la casa, de por sí bastante pequeña. Solíamos refugiarnos en la cocina y desde ahí espiar a veces a los pacientes que carraspeaban aburridos en los sillones.

Creo recordar que atendía los sábados y eso malhumoraba a mi vieja, que por supuesto imaginaba mejores planes para sus fines de semana en familia. Al parecer mi viejo era pésimo administrando los horarios, o tal vez negar un turno fuese un lujo que no podía permitirse, y entonces varias nohceitas los pacientes eran demasiados o se demoraban las consultas y en el living había incluso gente recostada en la tapa del piano, a falta de otro lugar donde sentarse.

“¡Dejate de joder, Federico! ¡Una noche un paciente terminó viendo una pelea de Monzón con nosotros!”, ilustraba mi vieja cuando años después se hablaba en alguna sobremesa de esas épocas peliagudas. Como de costumbre, mi viejo en lugar de defenderse o justificar los desatinos de su

laburo confirmaba con carcajadas cortitas y cabeceadas los relatos indignados de su esposa: “Pedimos pizza y el tipo se quedó a comer hasta que terminó la pelea”. “Creo que era contra Rodrigo Valdez”, acotaba mi viejo impávido. Después volvía a reírse con la boca muy abierta y los ojos chiquitos detrás de sus perpetuos anteojos, como un nene travieso repleto de cosquillas.

5.

“Vamos a ingresarlo a terapia intensiva. Está estable, pero tuvo un cuadro convulsivo muy grande. A primera vista no se ven lesiones relevantes, pero tenemos que hacer tomografías más exhaustivas y otros estudios”. Los primeros partes médicos tenían ese tono neutro, de asepsia administrativa; mi vieja y yo escuchábamos al doctor en el pasillo, asentíamos en silencio y tratábamos de pensar preguntas que nos acercaran al nombre y el apellido de la tormenta que se había desatado dentro del cuerpo de mi viejo.

El doctor era amable en el tono, pero sus explicaciones eran escuetas; terminaba las frases con un “hmmm...”, que era la forma de preguntarnos si estábamos entendiendo, si hacíamos pie en medio del aturdimiento. Por un lado, me tranquilizaba un poco esa serenidad de azafata que el tipo transmitía, pero algo en su prudencia bienintencionada me sonaba protocolar y me irritaba: si mi viejo se estaba muriendo, merecíamos saberlo con todas las letras, sin amagues, gambetas ni dilaciones.

Después llegó el momento de los trámites y las gestiones, de toda esa espantosa escribanía de la enfermedad que hay que llevar a cabo como si estuvieras renovando el registro

de conducir. Cinco minutos atrás la angustia es innumerable, te falta el aire y tenés que apoyarte en las columnas del hospital para no caerte de jeta al piso, pero inmediatamente no hay tiempo para desmayos ni lamentos existenciales: tenés que buscar carnets, llevar unos papелitos a ventanillas y traer otros sellados. Tenés que ser diligente y llenar formularios mientras a tu viejo lo empiezan a poblar de cables y sondas en una habitación pulcra, desinfectada y atemorizante. Tenés que tratar de respirar hondo en el baño, secarte las lágrimas inoportunas y pensar despacio, aunque no lento. Y lo más difícil de todo: tener fe. La fe será tu moneda de cambio en la batalla. Lo que vas a atesorar o malgastar o romper en pedacitos como billetes fuera de circulación según pase el tiempo y los pronósticos, dependiendo de dónde soplen los vientos, las tomografías y qué tan fuerte suenan las esperanzas. Y decirle a tu vieja y a tu propia cabeza estropeada que va a estar todo bien, que el viejo va a zafar: ese será el trabajo forzado, la gimnasia primordial de todos los días y de todas las noches por venir.

A la salida del pabellón de terapia intensiva hay un jardín muy bonito, con dos o tres árboles añosos y bancos de plaza a prudencial distancia uno de otro, como descontando que quienes ahí se sienten serán colegas en sus pesares pero necesitarán intimidad en sus sufrimientos. Apenas cruzando una callecita, a poquísimos pasos de ahí, se levanta una capilla. Es tan poca la distancia entre ella y la terapia intensiva que no logro decidir si esa cercanía es atinada y piadosa o, por el contrario, además de una señal de horribles augurios, casi una broma pesada de algún arquitecto cretino.

Veo entrar y salir gente y me pregunto cuánto consuelo encontrarán ahí dentro, quiénes de todos ellos son creyentes entrenados en súplicas y desdichas y quiénes otros apenas náufragos a estrenar, principiantes de la fe, recién llegados que le rezan con torpeza y desesperación a un dios que los mira mal, por encima del hombro, como castigándolos por advenedizos.

Sigo ahí sentado un rato largo y me acuerdo de la letra de “Eleanor Rigby”, de mi nona que fue la persona más devota que conocí en mi vida, de una biblia chiquitita con tapas de cuero que nos hacía leer los viernes a mi hermana Marina y a mí cuando dormíamos en su casa de San Antonio de Padua. Marina terminó tomando la comunión y todo, creo, pero en mi caso sus intentos de entusiasmar me con la idea de Dios fueron en vano. Me atropella la frase de Julian Barnes que tanto me gusta usar: “No creo en Dios, pero cada vez lo echo más de menos...”. Me quedo mirando la capilla y me pregunto si estoy a tiempo. Si pierdo algo cruzando la callecita y rezando un padrenuestro. No sé bien qué contestarme, porque en realidad no sé bien lo que me espera, en qué clase de tipo me voy a convertir a partir de este domingo que ya es oficialmente el peor día de mi vida. Mañana tendré cincuenta años, recuerdo. Lo único que pido de regalo es seguir teniendo padre. *“Ah, look at all the lonely people, ah, look at all the lonely people...”*.